

Estudio 3

LA BIBLIA COMO UNA REVELACIÓN DIVINA EXAMINADA A LA LUZ DE LA RAZÓN

**Pretensiones de la Biblia y sus Evidencias Exteriores de Credibilidad—
Su Antigüedad y Preservación—Su Influencia Moral—Propósitos de los Escritores—
Carácter General de Sus Escritos—Los libros de Moisés—No Fue un Sistema de Superchería
Clericalismo—Instrucciones a los Gobernantes Civiles—Igualdad entre los ricos y los pobres ante
la Ley—Salvaguarda para Impedir Desmanes en Contra de los Derechos del Pueblo—El Sacerdocio
no era una Clase Favorecida—Manera Como se Sostenía—Los Extranjeros, Las Viudas, Los
Huérfanos y Los Siervos protegidos en Contra de la Opresión—Los Profetas de la Biblia—¿Existe
un Común vínculo de Unión Entre los Libros de la Ley, Los Profetas y el Nuevo Testamento?—
Razonabilidad de los Milagros—Lógica Conclusión.**

(1) LA BIBLIA es la antorcha de la civilización y de la libertad. Su influencia en bien de la sociedad ha sido reconocida por los más notables hombres públicos, a pesar de que en su mayor parte la han visto a través de los diversos lentes de los credos en conflicto, los que, al mismo tiempo que la ponen en alto, han falsificado lastimosamente sus enseñanzas. Este gran, antiguo libro ha sido tristemente calumniado involuntariamente por sus partidarios, muchos de los cuales darían sus vidas por esas malas interpretaciones, y quienes, al sostener las falsas concepciones de la verdad recibidas por conducto de las tradiciones de sus padres, le hacen más daño vital que sus mismos enemigos. Rogaría a Dios que ellos despertasen, examinaran de nuevo su interpretación, y pusiesen en confusión a sus enemigos desarmándolos.

(2) Siempre y cuando que el conocimiento de la naturaleza nos conduce a esperar una revelación más completa que la suministrada por aquella, toda mente reflexiva estará lista para examinar las pretensiones de cualquier cosa que alegue ser tal revelación, y que presente exteriormente evidencias razonables de la veracidad de sus pretensiones. La Biblia declara ser esa revelación de Dios, y hasta nosotros llega presentando razonables y claramente discernibles evidencias que comprueban lo probable de sus pretensiones; además, nos proporciona una razonable esperanza de que una investigación

minuciosa pondrá en descubierto evidencias más completas y positivas de que en efecto es la Palabra de Dios.

(3) La Biblia es el libro más antiguo y ha sobrevivido a los embates de treinta siglos. Los hombres han procurado, por todos los medios posibles, desterrarla de la faz de la tierra; la han escondido; la han sepultado; poseerla ha sido un delito castigado con la pena de muerte, y los que tenían fe en ella han sido el blanco de las más encarnizadas persecuciones. Hoy, cuando muchos de sus enemigos duermen el sueño de la muerte, y cuando cientos de volúmenes escritos en su contra, para desacreditar y aniquilar su influencia, hace mucho tiempo fueron olvidados, la Biblia está presente en todas las naciones y lenguas de la tierra: ¡más de doscientas traducciones se han hecho de ella! El que este libro haya sobrevivido por tan largo tiempo, a pesar de esfuerzos sin paralelo para desterrarla y destruirla, es por lo menos, una fuerte evidencia circunstancial de que el gran Ser que presenta como su Autor ha sido también su Preservador.

(4) Verdad es que la influencia moral de la Biblia siempre ha sido y aún es de lo mejor. Los que llegan a ser estudiantes cuidadosos de sus páginas, invariablemente se elevan a una vida superior. Otros escritos sobre religión y distintas ciencias han redundado en bien, ennobleciendo y bendiciendo la humanidad hasta cierto grado, pero todos los otros libros en conjunto no han podido

suministrar a la gimiente creación el gozo, la paz y las bendiciones que la Biblia ha proporcionado tanto a ricos como a pobres, a instruidos como también a ignorantes. La Biblia no es solamente un libro de lectura, es un libro para estudiarse con cuidado y reflexión, puesto que los pensamientos de Dios son más elevados que nuestros pensamientos, y sus caminos que nuestros caminos. Si hemos de comprender el plan y los pensamientos del Dios infinito, debemos plegar todas nuestras energías en esa importantísima tarea. Los tesoros más preciosos de la verdad no siempre reposan en la superficie.

(5) Este libro constantemente señala y se refiere a un personaje prominente: Jesús de Nazaret, quien, según afirma, es Hijo de Dios. De principio a fin, su nombre, su oficio y su obra se hacen prominentes. Que un hombre llamado Jesús de Nazaret existió y fue notable en el tiempo indicado por los escritores de la Biblia, aparte de las Escrituras, es un hecho histórico plenamente corroborado. Que éste Jesús fue crucificado porque se hizo ofensivo a los judíos y a su sacerdocio, es otro hecho establecido por la historia además de las evidencias presentadas por los escritores del Nuevo Testamento. Los escritores del Nuevo Testamento (con la excepción de Pablo y de Lucas) conocieron personalmente y fueron discípulos de Jesús de Nazaret, cuyas doctrinas exponen en sus escritos.

(6) La existencia de un libro implica motivos de parte del autor. Preguntamos: ¿Qué móvil pudo inspirar a estos hombres el dedicar todas sus energías en defensa de la causa de tal persona? Él fue condenado a la muerte y crucificado por los judíos como un malhechor, los más religiosos de entre ellos consintiendo y aun demandando su muerte, juzgándolo indigno de existir. Al defender su causa y promulgar sus doctrinas, estos hombres hicieron frente al menosprecio, a las privaciones, a amargas persecuciones, y en algunos casos al martirio mismo. Admitiendo que mientras Jesús vivió fue una persona muy notable tanto por su vida como por sus enseñanzas, ¿qué móvil podría impulsar a alguien defender su causa después de muerto especialmente cuando su muerte fue tan ignominiosa? Si suponemos que estos escritores inventaron sus narraciones y que Jesús tan solo

fue su ideal o su héroe imaginario, después de haber proclamado que era Hijo de Dios, que había sido engendrado de una manera sobrenatural, que poseía poderes extraordinarios para curar a los leprosos, para devolver la vista a los ciegos de nacimiento, para hacer oír a los sordos y para levantar a los mismos muertos, ¿no sería absurdo el suponer que ellos concluyeran la historia de tal personaje narrando que una pequeña banda de enemigos suyos lo ejecutaron como a un criminal, al mismo tiempo que todos sus amigos y discípulos, incluso los mismos escritores, lo abandonaron y huyeron en el momento crítico?

(7) El hecho de que la historia profana no está de acuerdo en algunos aspectos con estos escritores, no debería conducirnos a juzgar sus declaraciones como falsas. Los que arriban a semejante conclusión deberían señalar y probar los motivos de parte de los escritores para aseverar falsedades. ¿Qué motivos pudieron tener? ¿Razonablemente podían ellos esperar algún beneficio de, fortuna, fama o poder? Semejante suposición se contradice al tener en cuenta la pobreza de los amigos de Jesús, lo mismo que la poca popularidad de su héroe para con los grandes religiosos de Judea; en cambio, el hecho de que murió como un malhechor y perturbador de la paz, sin alcanzar reputación alguna, ninguna fama envidiable ni prosperidad terrenal ofrecía para aquellos que intentaran el restablecer sus doctrinas. Por el contrario, si ese hubiere sido el propósito de los que predicaron a Jesús, ¿no hubieran desistido de Él al darse cuenta de que sólo les traía deshonra, persecución, pérdida de su libertad y muchas veces la misma muerte? La razón claramente nos enseña que esos hombres sacrificaron hogar, reputación, honor y vida, y que no vivieron para el deleite presente sino que su anhelo principal fue el de elevar a sus semejantes e inculcarles la más alta forma de moral. No solamente fueron impulsados por un motivo, sino además que ese motivo debe haber sido puro, y sus objetivos grandemente sublimes. La razón también indica que el testimonio de tales hombres, actuando sólo por motivos puros y nobles, es diez veces más digno de crédito y de consideración que el de escritores ordinarios. Esos hombres no eran

fanáticos, eran hombres de mente sensata y razonable; en todo caso presentaban bien fundados argumentos en defensa de su fe y de su esperanza, y siempre fueron perseverantes en sus razonables convicciones.

(8) Todo lo anteriormente dicho es también aplicable a los distintos autores del Antiguo Testamento. En su mayoría, ellos fueron hombres notables por su fidelidad al Señor; la historia bíblica, con mucha imparcialidad, al mismo tiempo que relata y reprueba sus flaquezas y debilidades, encomia también sus virtudes y su fidelidad. Esto debe sorprender a los que presumen que la Biblia es una historia manufacturada con el especial objeto de amedrentar a los hombres por medio de la reverencia hacia un sistema religioso. La Biblia tiene tal integridad, que marca sus dichos con el sello de la verdad. Mal intencionados individuos, en sus esfuerzos por hacer aparecer a un hombre como grande y, tratando especialmente de presentar algunos de sus escritos como inspirados por Dios, hubieran indudablemente descrito su carácter como irreprochable y noble hasta donde fuese posible. El hecho de que la Biblia no hace uso de semejante proceder, es una *razonable* evidencia de que no fue escrita fraudulentamente con el propósito de engañar.

(9) Teniendo razón de *esperar* una revelación de la voluntad y plan divinos, y habiéndonos ya cerciorado de que la Biblia, la que pretende ser tal revelación, fue escrita por hombres cuyos móviles no podemos impugnar sino al contrario nos vemos forzados a encomiar, pasemos ahora a examinar las cualidades distintivas de esos escritos que se dicen inspirados, con el objeto de cerciorarnos si sus enseñanzas concuerdan con el carácter que *razonablemente* le hemos atribuido a Dios, y ver si presenta evidencias internas de su veracidad.

(10) Los primeros cinco libros del Nuevo Testamento, y varios del Antiguo, son narraciones de hechos conocidos y atestiguados por los escritores. Todos podrán ver, sin la menor dificultad, que para simplemente decir la verdad en lo referente a ciertos asuntos con los cuales ellos estaban íntima y plenamente informados no se requería una información especial. No obstante, el hecho de que estas

historias de acontecimientos pasados están mutuamente relacionadas con la revelación, y al tener en cuenta que Dios deseaba hacer al hombre esa revelación, son argumentos suficientes para razonablemente inferir que Dios supervisó y arregló las cosas de tal manera que los honestos escritores elegidos para ello fueren puestos en contacto con los acontecimientos indispensables. El crédito que podamos darle a las porciones históricas de la Biblia descansa en el carácter y en los móviles de sus escritores. Hombres buenos no comunican falsedades. Una fuente pura no da aguas amargas, y el testimonio unido de esos escritores destruye toda sospecha de que sus autores dijeron o hicieron mal para que el bien siguiese.

(11) La veracidad de algunos libros de la Biblia como Reyes, Crónicas, Jueces, y otros, no se invalida en lo más mínimo al decir que éstos son simplemente historias verídicas y cuidadosamente preservadas de sucesos y hombres prominentes en su tiempo. Cuando recordamos que las Escrituras Hebreas, además de la Ley y las Profecías, contienen también historia, y que aquellas historias, genealogías, etc. debido a que se esperaba el Mesías en una línea particular de Abraham, fueron las más explícitas en detallar toda clase de circunstancias, vemos una razón para registrar ciertos hechos históricos considerados poco delicados a la luz de este siglo diecinueve. Por ejemplo: el querer dar un registro claro del origen de los Moabitas, junto con su parentesco con Abraham y los Israelitas, probablemente surgió en la mente del historiador la necesidad de dar una detallada historia de cómo vinieron a existir. (Ge. 19:36-38) También se da una minuciosa relación de los hijos de Judá de quienes procede el rey David, para de esta manera poder trazar, por medio de él hasta Abraham, la genealogía de María madre de Jesús, lo mismo que la de su esposo José. (Lu. 3:23, 31, 33, 34; Mat. 1:2-16.) Sin duda alguna que la necesidad de establecer esa genealogía era importante, puesto que de esa tribu (Ge. 49:10), debería venir el rey de Israel, lo mismo que el prometido Mesías; esa es la razón de la minuciosidad de los detalles, los que se omiten en otros casos. Ge. 38

(12) Puede haber razones parecidas o diferentes para otros hechos históricos registrados en la Biblia de los que más tarde podremos ver la utilidad, y que, si ésta no fuera historia sino, simplemente un tratado de moral, sin detrimento alguno podían ser omitidos; a pesar de todo, nadie puede decir fundadamente que la Biblia en parte alguna no sanciona la impureza. Es bueno también recordar que los mismos hechos podrían más o menos delicadamente narrarse en cualquier idioma, y que los traductores de la Biblia, aun cuando fueron lo bastante consientes para no omitir detalle alguno, no obstante, vivieron en un tiempo en que no había tanta escrupulosidad para escoger expresiones refinadas como lo hacemos hoy en día, lo mismo puede inferirse en cuanto a los tiempos remotos a que la Biblia hace referencia y en lo referente a la forma de expresión de esas épocas. Ciertamente aun el más descontento no puede reprochar cosa alguna sobre este respecto a ninguna expresión del Nuevo Testamento.

Los Libros de Moisés y las Leyes promulgadas

(13) Los cinco primeros libros de la Biblia se conocen con el nombre de los Libros de Moisés, a pesar de que ellos en ninguna parte mencionan su nombre como el autor. Que fueron escritos por Moisés o, cuando menos, bajo su supervisión es una inferencia que no carece de fundamento; el relato de su muerte y de su entierro debidamente añadido por su secretario. El que en esos libros no se afirme positivamente que son escritos por Moisés, nada prueba en contra, puesto que si otro los hubiera escrito para engañar y cometer fraude, seguramente hubiera pretendido que eran escritos por el gran líder y estadista de Israel, para de ese modo poder dar visos de verdad a su falsedad. (Deut. 31:9-27) De una cosa estamos ciertos, Moisés sacó de Egipto a los hebreos. El organizó esta nación bajo las leyes asentadas en esos libros, y de común acuerdo, esa misma nación ha dicho por más de tres mil años que esos libros les fueron dados por Moisés, y que son tan sagrados que ni una jota ni una tilde debe alterarse, y de esa manera, garantizar la pureza del texto.

(14) Estos escritos de Moisés contienen la única historia creíble de entre las historias existentes que se refieren a la época de que se trata. La historia china sobre la creación; dice que Dios salió en un esquife, que luego con su mano tomó un puñado de tierra que arrojó al agua, y que de esta manera se formó el planeta en que vivimos. Semejante historia está tan desprovista de sentido en su totalidad, que ni aun la mente de un niño sería engañada por ella. Por lo contrario, la relación dada en el Génesis comienza con la razonable inferencia de que ya existía un Dios, un Creador, una Inteligente Causa Primordial. No trata de que Dios haya tenido un principio, sino de su obra, del comienzo y del progreso sistemático de ésta; "En el principio creó Dios los cielos y la tierra." Luego, pasando del origen de la tierra, sin detalles ni explicaciones, procede a la narración de los seis días (épocas) en que ésta se preparó para el hombre. Tal relato está sólidamente corroborado por la luz de la ciencia acumulada en cuatro mil años, de manera que es más lógico el aceptar la declaración de que Moisés, su autor, fue divinamente inspirado, que de suponer que la inteligencia de un hombre, fuese superior a la inteligencia combinada y a la investigación del resto de la raza durante los últimos tres mil años, ayudada de los aparatos modernos y de millones de dinero.

(15) Examinemos ahora el sistema de leyes que se encuentran en estos escritos. Ciertamente eran sin igual en su día, y aún lo son en este siglo; las leyes del presente siglo se hallan fundadas sobre los principios de la Ley Mosaica, y son en su mayor parte delineados por hombres que reconocieron esa Ley como de origen divino.

(16) El decálogo es una breve sinopsis de la Ley entera. Esos diez mandamientos comprenden códigos de adoración y de moral, que a la vista de todo estudiante deberían resaltar como cosa asombrosa; y si nunca se conocieron antes, ahora se encontraron entre las ruinas o reliquias de Grecia, Roma, o de Babilonia (naciones que se levantaron mucho tiempo después de que estas leyes fueron expedidas), se reconocerían como algo maravilloso si no sobrenatural. La familiaridad con ellos, lo mismo que sus pretensiones, han engendrado una considerable indiferencia hacia éstos, a tal grado que su

grandeza real sólo es apreciada por unos pocos. En verdad, estos mandamientos no enseñan nada con referencia a Cristo, pero debemos recordar que no fueron dados a los cristianos sino a los hebreos; no para enseñar la fe en un rescate, sino para convencer a los hombres de su estado pecaminoso y de la necesidad de ese rescate. El resumen de estos mandamientos fue grandiosamente condensado por el ilustre fundador del cristianismo en las palabras: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento, y con todas tus fuerzas," y "amarás a tu prójimo como a ti mismo," Mar. 12:30, 31

(17) El gobierno instituido por Moisés difería de todos los otros, antiguos y modernos, en que pretendía ser del mismo Jehová, y en que el pueblo era a Él responsable; sus leyes e instituciones civiles y religiosas se decían emanar del Creador, y como pronto veremos, estaban en perfecta armonía con lo que la razón nos indica respecto al carácter de Dios. El Tabernáculo, en el centro del campamento, tenía en su lugar "Santísimo" una manifestación de la presencia de Jehová como el Rey de ese pueblo y desde donde, de un modo sobrenatural, ellos recibían instrucciones para correctamente administrar sus asuntos nacionales. Una orden de sacerdotes, que tenía el cargo todo el Tabernáculo, fue establecida, y sólo por mediación suya se permitía el acceso y comunión con Dios. El primer pensamiento de alguno sobre este respecto indudablemente será: "¡Ah, ya dimos con el objeto de su organización: en esta, lo mismo que en otras naciones, los sacerdotes han gobernado al pueblo imponiéndose por medio de la credulidad y creando temores en provecho y honor propios!" Un poco de calma amigos míos, no nos precipitemos a hacer deducciones. Habiendo una tan buena oportunidad de estudiar este asunto por medio de los hechos, sería irrazonable sin ellos llegar a conclusiones. Las evidencias innegables son contrarias a semejante suposición. Los derechos y privilegios de los sacerdotes eran limitados; ningún poder civil les fue encomendado, carecían por completo de la oportunidad de hacer uso de su oficio para imponerse sobre los derechos y las conciencias del pueblo, y lo más notable es que este arreglo

fue llevado a cabo por Moisés, un miembro del linaje sacerdotal.

(18) Al liberar a los israelitas del yugo egipcio, en su calidad de representante de Dios, la fuerza de circunstancias centralizó en sus manos el poder, convirtiendo al humilde Moisés en un autócrata en poder y autoridad; no obstante, a causa de la humildad de su disposición, él en verdad fue el servidor agobiado del pueblo hasta el grado de que su misma vida iba extenuándose por los servicios onerosos de su posición. Entonces se inauguró un gobierno civil, el cual, de hecho, fue una democracia. No se nos entienda mal: según el modo de ver de los no creyentes podríamos considerar el gobierno de Israel como una democracia; pero si lo examinamos a la luz de sus mismas pretensiones, nos damos cuenta de que era una teocracia o gobierno divino, porque las leyes de parte de Dios dadas por medio de Moisés no consentían enmiendas ni era posible el quitar o añadir cosa alguna a ese código. Al mirar ese gobierno bajo este punto de vista, nos damos cuenta que fue diferente a cualquiera otro gobierno civil, anterior o posterior. Entonces Jehová dijo a Moisés: reúname setenta varones de los ancianos de Israel, de los que tú sabes que son ancianos del pueblo, y magistrados suyos; los traerás a la puerta del Tabernáculo de la congregación para que esperen allí contigo. "Y yo descenderé y hablaré contigo allí, y tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos, y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo." (Núm. 11:16, 17 Consúltense también los versículos 24 al 30 y se verá en ellos ejemplo de sincera humildad y de buen gobierno.) Moisés, refiriéndose a este mismo incidente, dice: "Y tomé pues los principales de vuestras tribus, varones sabios y expertos, y los puse por jefes sobre vosotros, jefes de millares, y jefes de cientos, y jefes de cincuentenas, y cabos de decenas, y por magistrados de vuestras tribus." Deut. 1:15; Ex. 18:13-26

(19) De esta manera es evidente que el distinguido legislador lejos de procurar la perpetuación o aumento de su propio poder al poner el gobierno del pueblo bajo la potestad de la tribu sacerdotal, que se encontraba directamente relacionada a él, y así encadenar la libertad del pueblo por medio de la autoridad

religiosa, hizo todo lo contrario de esto: introdujo al pueblo una forma de gobierno a propósito para cultivar el espíritu de libertad. No se encuentra paralelo alguno de semejante proceder en las historias de otras naciones y, gobernantes. En todos los casos los gobernantes han tratado de aumentar su poder y engrandecerse. Aun en los casos en que han ayudado a establecer repúblicas, los acontecimientos posteriores han demostrado que lo hicieron por conveniencia, para poder obtener el favor del pueblo y así perpetuar su propio poder. Cualquier hombre ambicioso, al encontrarse en las mismas circunstancias que Moisés, impulsado por los deseos de dominar, y tentado de perpetuar un fraude, hubiera luchado por obtener la más completa centralización posible de poder en sí mismo y en su familia; tal tarea hubiera sido fácil estando ya la autoridad religiosa en manos de esa tribu, y creyendo esa nación, como creían, que desde el Tabernáculo eran gobernados por Dios. No es de suponerse que un hombre competente para formular tales leyes, y de gobernar un pueblo como ése, fuere tan corto de entendimiento que no pudiese apercibirse del rumbo que su táctica tomaría. A tal grado estaba el gobierno en las manos del pueblo, que a pesar de lo estipulado con respecto a los casos graves que no pudiendo resolverse por esos gobernantes serían traídos a Moisés, con todo, ellos mismos eran los jueces que decidían cuáles casos deberían serle presentados: "La causa que fuere demasiado difícil para vosotros, la traeréis a mí, y yo la oiré." Deut. 1:17

(20) Israel era una república cuyos funcionarios obraban bajo una comisión divina. Para confusión de los que ignorantemente aseveran que la Biblia promueve un imperio como forma de gobierno y dominar al pueblo, en vez de "un gobierno del pueblo por el pueblo mismo," nótese que esta forma republicana de gobierno civil subsistió por un espacio de cuatrocientos años en Israel. Después de ese tiempo, y a petición de los "Ancianos," fue cambiado por una monarquía, sin la aprobación de Dios quien dijo a Samuel, el que hacía las veces de presidente: "Oye la voz del pueblo en todo cuanto te dijeren, porque no te han desechado a ti sino a mí me han desechado para

que yo no reine sobre ellos." Samuel, a instancias de Dios, hizo presente que con tal cambio ellos serían siervos; a pesar de todo siguieron encaprichados con la idea popular ejemplificada en las naciones vecinas. (1 Sam. 8:6-22) ¿Quién, al tomar en cuenta el relato del deseo del pueblo para tener un rey, no concibe la idea de que Moisés, sin ningún problema, hubiera podido ponerse a la cabeza de un gran imperio?

(21) A pesar de que Israel en su totalidad constituía una nación, su división en tribus siempre se reconoció después de la muerte de Jacob. De común acuerdo, cada familia o tribu elegía o reconocía ciertos miembros de ella como representantes o jefes. Esta costumbre se observó aun durante su larga esclavitud en Egipto. Estos se conocían como los jefes o ancianos, y fue sobre ellos que Moisés puso el honor y el poder del gobierno civil; de haber deseado centralizar el poder en sí mismo y en su familia, tales individuos habrían sido los últimos a quienes él hubiese pensado en honrar con el poder y gobierno.

(22) Modelo de simplicidad y pureza son las instrucciones que como de parte de Dios se daban a los señalados para el gobierno civil. En presencia de los jueces. Moisés declaró al pueblo: "Y entonces mandé a vuestros jueces diciendo: Oíd los pleitos entre vuestros hermanos, juzgad con justicia entre cada uno y su hermano, y entre el extranjero (forastero) que esté con él. No hagáis acepción de personas en el juicio: así al pequeño como al grande oiréis: no habéis de temer de ninguno, porque el juicio es de Dios: la causa que os fuere difícil, a mí traeréis y yo la oiré." (Deut. 1:16, 17) Esos casos difíciles después de la muerte de Moisés fueron traídos directamente a Jehová por el Sumo Sacerdote, siendo la respuesta Sí o No por el Urim y Tumim.

(23) En vista de los *hechos* anteriores, ¿qué diremos de la teoría que insinúa que esos libros fueron escritos por mal intencionados sacerdotes con el objeto de procurarse influencia y poder sobre el pueblo? ¿Con semejantes miras, hubieran tales hombres falsificado escritos que precisamente iban a destruir la meta de sus planes? ¿Hubieran dado a luz escritos suministrando pruebas concluyentes de que el

gran jefe de Israel, de la tribu sacerdotal, por mandato divino separó al sacerdocio del poder civil y puso ese poder en las manos del pueblo? ¿Podiera considerarse razonable tal conclusión?

(24) También es importante notar que las leyes de la más adelantadas civilizaciones de nuestro siglo no han sido más cuidadosas para que los ricos y a los pobres estén al mismo nivel siendo ambos responsables ante la misma ley civil. En las leyes de Moisés no había en absoluto la más ligera distinción. Y en lo que toca a proteger al pueblo en contra de los peligros ocasionados por llegar los unos a ser muy pobres y excesivamente acaudalados y poderosos los otros, no se ha expedido otra ley que guardare tan cuidadosamente este punto. La Ley Mosaica señalaba una restitución cada cincuenta años que culminaban en el Año del Jubileo. Esa ley, la que impedía la enajenación absoluta de propiedad, evitaba la consecuente acumulación en manos de unos pocos. (Lev. 25:9, 13-23, 27-30) En realidad, se les enseñó a mirarse como a hermanos, a obrar de acuerdo, a mutuamente ayudarse sin pago, y a no tomar usura de los demás. Ex. 22:25; Lev. 25:36, 37; Núm. 26:52-56.

(25) Todas las leyes se daban a conocer al público; esto impedía a hombres de perpetrar algún fraude en contra de los derechos del pueblo. Las leyes se mantenían al alcance del pueblo, que todo aquel deseoso de copiarlas podía hacerlo; y, con el objeto de que aun los más pobres e ignorantes las conocieran, era deber de los sacerdotes leer esas leyes al pueblo en las fiestas que se celebraban cada siete años. (Deut. 31:10-13) Se puede imaginar que tales preparativos y leyes fueron el producto de hombres malos o que pretendían robar al pueblo sus libertades y su felicidad? Tal afirmación sería absurda.

(26) Al leer los derechos e intereses de los extranjeros y de los enemigos, vemos que la Ley Mosaica fue treinta y dos siglos adelantada a su tiempo, si es que acaso se encuentran leyes algunas entre las más civilizadas naciones del día que la igualen en hermosura y benevolencia. Leemos:

(27) "Una misma ley tendréis tanto para el extranjero como para los de vuestra raza; porque

yo soy Jehová vuestro Dios." Ex. 12:49; Lev. 24:22

(28) "Y cuando morare algún extranjero con vosotros, en vuestra tierra, no le maltrataréis. Como uno de vuestra misma nación' os ha de ser el extranjero que morare con vosotros; y le amarás como a ti mismo, porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto." Lev. 19:33, 34

(29) "Si encontraréis al buey de tu *enemigo*, o a su asno extraviado, de seguro se lo volverás. Si vieres al asno del que te aborrece echado debajo de su carga, sin falta ayudarás a levantarlo." Ex. 23:4, 5

(30) Ni aun los animales fueron olvidados. La crueldad para con ellos era estrictamente prohibida tanto como para los seres humanos. No podía ponerle un bozal al buey mientras trillaba el grano por la sencilla razón de que el obrero es digno de su alimento. El buey y el asno, a causa de ser desiguales en fuerza y en pisada, no se debían poner juntos a arar. También se hizo provisión para su descanso.

Deut. 25:4; 22:10; Ex. 23:12

(31) Debido a que los levitas se sostenían con el décimo anual o los diezmos del producto individual de sus hermanos de las otras tribus, pudiera alguno pretender que el sacerdocio fue una institución egoísta. Tal hecho presentado de esta manera, es un argumento muy en boga entre los escépticos, quienes, tal vez por falta de información, tuercen una de las más notables evidencias de que Dios tomó parte en la organización de tal sistema, y que no fue la obra de sacerdotes astutos y egoístas. Ciertamente que el sacerdocio actual que ahora trata de imponer un sistema parecido usando esto como precedente, sin mencionar las condiciones sobre las cuales se fundó, ni su método de e pago.

(32) El sistema de diezmos estaba basado sobre la más estricta equidad. Cuando Israel tomó posesión de la tierra de Canaán, los levitas ciertamente tenían tanto derecho a una porción de tierra como las otras tribus, pero por mandato directo de Dios no se les dio nada, excepto, y como residencia, ciertas ciudades esparcidas entre las diferentes tribus a quienes ellos servían en los asuntos religiosos. Antes de dividirse la tierra nueve veces se estipuló esta prohibición. En vez de tierra algo equivalente, se les había de dar,

y el *diezmo* fue una disposición justa y razonable. No es esto todo; el diezmo, no se pagaba como un tributo sino como una contribución voluntaria. Nunca se les amenazaba para que diesen su parte correspondiente, quedando el asunto enteramente a opción individual y a los dictados de su conciencia. Las únicas exhortaciones al pueblo sobre este particular son como sigue:

(33) "Guárdate de desamparar al Levita en todos tus días sobre la tierra." (Deut. 12:19) "Y no desampararás al Levita que habitare dentro de tus puertas, porque no tiene parte ni heredad contigo [en la tierra]." Deut. 14:27

(34) Ahora preguntamos: ¿Será razonable suponer que este orden de cosas fue arreglado por sacerdotes egoístas y ambiciosos? ¿Podemos imaginar que ellos mismos se iban a desheredar para quedar sometidos a recibir el sustento a manos de sus hermanos? ¿No nos enseña la razón lo contrario?

(35) En armonía con esto, e igualmente inexplicable a no ser que lo que alegamos, que Dios es el autor de esas leyes, es el hecho de que no hay ningún arreglo especial para honrar al sacerdocio. Los impostores hubiesen tenido mucho empeño de insertar medidas conducentes hacia la reverencia y el respeto para sí mismos, so pena de maldiciones, e imponiendo castigos severos para todo aquel que no las acatare. Nada de eso hallamos, ni honores especiales, ni reverencia, ni inmunidad en la violencia o el insulto. La ley común no hacía distinción de clases ni acepción de personas, y ésta era su única protección. Esto es más notorio si tenemos en cuenta que el tratamiento para los siervos y extranjeros, lo mismo que para los ancianos, fue asunto de legislación especial. Como ejemplo, "No afligirás ni oprimirás al *extranjero, o a una viuda, o a un huérfano*; porque si ellos clamaren a mí, yo [Dios] ciertamente oiré su clamor y encenderás mi ira, y os mataré a espada, y vuestras mujeres serán viudas y vuestros hijos huérfanos." (Ex. 22:21-24; 23:9; Lev. 19:33, 34) "No oprimirás al *jornalero pobre y menesteroso*, ora sea de tus hermanos como de los extranjeros que habitan en tu tierra dentro de tus ciudades. En su día le darás su jornal, y el sol no se pondrá sin dárselo, porque pobre es, y con él sustenta su vida, para que no clame contra ti a Jehová y sea

en ti pecado." (Lev. 19:13; Deut. 24:14, 15; Ex. 21:26, 27) "Delante de las canas te levantarás y honrarás el rostro del anciano." (Lev. 19:32; 19:14) ¡Todo esto y sin embargo nada especial en beneficio de los sacerdotes y Levitas ni sus diezmos!

(36) Las medidas sanitarias de la Ley, indispensables para un pueblo tan pobre y por tan largo tiempo oprimido, lo mismo que las limitaciones y disposiciones con respecto a los animales limpios y los inmundos, son incomparables, y junto con otros detalles sería muy interesante su discusión si dispusiéramos de espacio para ello; su examen nos demostraría que esas regulaciones se encontraban a la altura o quizás más avanzadas que las últimas conclusiones científicas sobre el asunto. La Ley Mosaica tiene también un carácter típico que dejaremos para considerarlo más adelante, pero ya hemos visto cómo un rápido estudio de esta Ley demuestra con evidencias abrumadoras que esa Ley, la que constituye el fundamento de todo el sistema de la religión revelada y que elabora el resto de la Biblia, es verdaderamente una exhibición sorprendente de sabiduría y justicia, especialmente si se toma en cuenta su antigüedad.

(37) A la luz de la razón debemos admitir que no hay evidencia alguna de que esta Ley ha sido obra de hombres malvados y astutos, sino al contrario, ella corresponde exactamente con lo que nos enseña la naturaleza respecto al carácter de Dios. Presenta evidencias de su Sabiduría, de su Justicia, y de su Amor; y por último, el pío y noble legislador, Moisés, niega que las leyes sean obra suya atribuyéndolas a Dios. (Ex. 24:12; Deut. 9:9-11; Ex. 26:30; Lev. 1:1) En vista de su carácter general, de sus mandatos al pueblo al efecto de que no debían levantar falso testimonio, de aborrecer la mentira y la hipocresía, ¿es razonable suponer que tal hombre levantara falso testimonio haciendo pasar como divinas sus propias ideas y leyes? También se debe recordar que estamos examinando los ejemplares actuales de la Biblia, y que, por lo tanto, la integridad que la caracteriza es aplicable igualmente a los sucesores de Moisés, porque aun cuando hubo algunos hombres malos entre sus sucesores, los que procuraban su propio bien

en lugar que la del pueblo, no llevaron a cabo ningún cambio en las Sagradas Escrituras, las que han llegado puras hasta nuestros días.

Los Profetas de la Biblia

(38) Examinemos ahora el carácter general de los Profetas de la Biblia y sus testimonios. Notable es el hecho de que, con pocas excepciones, los Profetas no fueron de la clase sacerdotal y que en su tiempo las profecías por ellos dadas a conocer fueron repugnantes en general tanto al sacerdocio degenerado y servil, como al pueblo inclinado a la idolatría. La carga de los mensajes dados por Dios al pueblo por conducto de los Profetas, era generalmente reprobando el pecado y anunciando, al mismo tiempo, algunos castigos venideros; de cuando en cuando encontramos promesas de bendiciones futuras, para cuando se purificasen de sus pecados y regresasen al favor divino. Sus experiencias en la mayor parte no tienen nada envidiable: fueron injuriados, puestos en prisión, y muchas veces castigados con la pena de muerte. En corroboración de esto léase 1 Reyes 18:4, 10, 17, 18; 19:10; Je. 38:6; Heb. 11:32-38. En algunos casos, solamente después de varios años de ocurrida su muerte fue cuando su verdadero carácter de Profetas de Dios llegó a reconocerse. Hacemos tan solo mención en lo dicho, de los escritores proféticos cuyos dichos pretenden ser directamente inspirados por Jehová. Es bueno recordar, en conexión con esto, que los sacerdotes no intervinieron al darse la Ley a Israel. Fue dada por Dios al pueblo por conducto de Moisés (Ex. 19:17-25; Deut. 5:1-5), y cualquiera que presenciase una violación de la Ley, tenía impuesto como deber el reprobar al pecador. (Lev. 19:17) De modo que todos tenían la autoridad de enseñar y censurar, pero, así como en nuestros días, la mayoría estaba absorbida en los cuidados de sus quehaceres llegando por esto a ser indiferentes e irreligiosos; pocos llenaban los requisitos de reprender el pecado y exhortar al bien; estos predicadores en el Antiguo Testamento se califican de "profetas." En su uso general, el término "profeta" significa *expositor público*, y tal término también se aplicaba a los maestros públicos de idolatría, por

ejemplo: los "profetas de Baal," etc. 1 Co. 14:1-6; 2 Pe. 2:1; Mat. 7:15; 14:15; Neh. 6:7; 1 Reyes 18:40; Tito 1:12

(39) Profetizar, en el sentido ordinario de enseñar, vino a hacerse popular a cierta clase, y degeneró en fariseísmo, el qué en vez de enseñar los mandamientos de Dios, por el contrario enseñaba las tradiciones de los ancianos casi siempre en oposición a la verdad; de esta manera vinieron a convertirse en falsos profetas o maestros. Mat. 15:2-9

(40) Fuera de la gran clase de los llamados Profetas, Jehová en diferentes ocasiones escogió algunos a quienes comisionaba especialmente para dar mensajes relacionados unas veces con asuntos presentes, otras con acontecimientos futuros. Los escritos de estos Profetas que hablaban al ser inspirados por el Espíritu Santo, son los que ahora son considerados. Con bastante propiedad pueden estos designarse como:

Videntes O Profetas Divinamente Comisionados

(41) Cuando se recuerda que estos Profetas fueron en su mayor parte seculares, no sostenidos con los diezmos de la tribu sacerdotal, y si añadimos el hecho de que frecuentemente fueron no tan solo los censores de los reyes y de los jueces sino también de los sacerdotes (aun cuando ellos no reprobaban el oficio sino los pecados cometidos por los que lo desempeñaban), carece de evidencias el deducir que estos Profetas eran partidarios de un grupo de sacerdotes o de alguna otra organización designada con el fin de fabricar falsedades en nombre de Dios. A la luz de los hechos, la razón contradice tal sospecha.

(42) Si no hallamos terreno para impugnar los móviles de los diferentes escritores de la Biblia, pero, al contrario, en todas sus partes hallamos señales de veracidad y de justicia, entonces prosigamos a investigar si existe alguna conexión o lazo de unión entre los escritos de Moisés, de los otros Profetas y los escritores del Nuevo Testamento. Si encontramos en sus escritos una línea común de ideas entrelazada en la Ley, los Profetas y el Nuevo Testamento, lo que abarca un período de 1500 años, es añadido al carácter de

los escritores, será una razón suficiente para admitir sus pretensiones de que son divinamente inspirados, particularmente si el tema común a todo a ellos es sublime y noble, y en completo acuerdo con lo que el sentido común santificado nos enseña del carácter y de los atributos de Dios.

(43) El resultado de nuestro examen es: un plan, un espíritu, un objeto y propósito ocupan el libro entero. En las primeras páginas se registra la creación y la caída del hombre; en las últimas páginas se habla del hombre recobrado de su caída; el resto del libro se dedica a demostrar los pasos sucesivos del Plan de Dios. La armonía, a pesar del contraste, entre los primeros tres y los últimos tres capítulos de la Biblia es en verdad sorprendente. Unos describen la primera creación, los otros describen la misma creación restaurada o renovada sin el pecado ni sus consecuencias; O unos muestran a Satanás y al mal entrando en el mundo para engañar y destruir, los otros nos dejan ver esa obra deshecha, lo destruido restaurado, el mal extinguido y Satanás aniquilado; unos hablan del dominio perdido por Adán, los otros de ese dominio para siempre establecido por Cristo y en la tierra haciéndose la voluntad de Dios de la manera que se hace en el cielo; los primeros enseñan que el pecado trae consigo la degradación, la vergüenza y la muerte, los otros señalan que el premio de la rectitud es el honor, la gloria y la vida. Aun cuando fue escrita por distintos autores, en diferentes tiempos y bajo variadas circunstancias, la Biblia no es solamente una colección de preceptos morales, de máximas sabias y de palabras alentadoras.

(44) No, es más que esto, puesto que es también un compendio filosófico, razonable y armonioso que nos explica la causa del mal que ahora existe en el mundo; nos deja ver su remedio y los resultados finales como los contempla la divina sabiduría, la que vio el fin del plan desde antes de comenzar a ejecutarlo; al mismo tiempo marca el sendero del pueblo de Dios, sosteniéndolo y fortaleciéndolo por medio de las grandes y preciosas promesas que a su debido tiempo han de realizarse.

(45) La enseñanza que se mantiene y elabora a través de todas las partes de la Biblia es la misma que se encuentra en el Génesis con referencia a

que el hombre en su representante (Adán) fue puesto a prueba en un estado de perfección original; que él cayó acarreado como resultados del pecado las imperfecciones, las enfermedades y la muerte que ahora contemplamos, pero que Dios no lo ha abandonado sino que finalmente lo recobraré por medio de un redentor nacido de mujer. (Ge. 3:15) La necesidad de la muerte de un redentor como sacrificio por los pecados del mundo, y de su justicia para cubrir nuestros pecados, se indica en el vestido de pieles de Adán y Eva; en la aceptación de la ofrenda hecha por Abel; en Isaac sobre el altar; en los diferentes sacrificios por medio de los cuales los Patriarcas tuvieron acceso a Dios, y en los instituidos bajo la Ley y perpetuados durante la Edad Judaica. Los Profetas aun cuando entendiéndolo muy vagamente el significado de sus mensajes (1 Pe. 1:12), mencionan la expiación del pecado poniendo esos pecados sobre una persona en vez de ser sobre un animal, y en sus visiones proféticas contemplan al que redimiría y libertaría a la raza siendo conducido "como un cordero al matadero"; dicen que "el castigo de nuestra paz fue sobre Él," y que "por sus heridas fuimos nosotros curados." Ellos lo pintan como "despreciado y rechazado de los hombres, varón de dolores y que sabe de padecimientos," y declaran que "Jehová cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros." (Is. 53:3-6) Dijeron dónde, debería nacer ese libertador (Miq. 5:2) y cuándo tenía que morir, asegurándonos que no sería "por sí mismo." (Dan. 9:26) Mencionan varias peculiaridades concernientes a su persona; nos dicen que sería "justo" y "libre de engaño," de "violencia" y de cualquier otra cosa que merezca la muerte (Is. 53:8, 9, 11); que sería vendido por treinta monedas de plata (Zac. 11:12); que a su muerte sería contado entre los transgresores (Is. 53:12); que no serían quebrantados sus huesos (Sal. 34:20; Juan 19:36), y que aun cuando moriría y sería sepultado, su carne no vería corrupción ni quedaría en la tumba. Sal. 16:10; He. 2:31

(46) Los escritores del Nuevo Testamento, con claridad y sin dar lugar a dudas, dan testimonio del cumplimiento de todas estas predicciones en Jesús de Nazaret, y muestran, con lógicos razonamientos, que el *precio de*

rescate que Él dio, era necesario, según fue predicho en la Ley y los Profetas, antes de que los pecados del mundo pudieran ser borrados. (Is. 1:18) De la manera más lógica y convincente trazan el plan entero, apelando, no a los prejuicios ni a las pasiones de aquellos que los escuchaban, sino a su sola razón esclarecida; también elaboran algunos de los razonamientos más asombrosamente exactos y concluyentes que puedan encontrarse. Véase Ro. 5:17-19, y hasta el capítulo 12.

(47) No solamente indicó Moisés en la Ley un sacrificio, sino que también señaló el perdón de los pecados y la bendición del pueblo por medio de este gran Libertador cuyo poder y autoridad, él declara serían mayores que los suyos aun cuando sería "semejante" a él. (Deut. 18:15, 19) Además se nos deja ver que el prometido libertador aparte de bendecir a Israel, igualmente y por medio de éste, bendeciría a "todas las familias de la tierra." (Ge. 12:3; 18:18; 22:18; 26:4) A pesar de las predisposiciones de los judíos en contra de esto, los Profetas continuaban por el mismo camino, declarando que el Mesías sería puesto "por luz para los gentiles" (Is. 49:6; Lu. 2:32); que los gentiles vendrían a Él desde "los extremos de la tierra" (Je. 16:19); que su nombre sería "grande entre los gentiles" (Mal. 1:11), y que la gloria de Jehová sería manifestada y vista de "toda carne" juntamente. Is. 40:5; 42:1-7

(48) Los escritores del Nuevo Testamento alegan poseer una unción divina que les facilita el darse cuenta del cumplimiento de las profecías concernientes al sacrificio de Cristo. A pesar de los prejuicios de la raza judía, la que pensaba que todas las bendiciones eran limitadas a su propio pueblo (He. 11:1-18), muy bien pudieron comprender que además de ser bendecida su nación serían también benditas, junto con ellos y por medio de ellos, todas las familias de la tierra. Se dieron cuenta también de que antes de la bendición de Israel y del mundo un "pequeño rebaño" sería elegido de entre judíos y gentiles, cuyos miembros, después de ser probados serían hallados dignos de "ser coherederos de la gloria y del honor de ese Gran Libertador", participando con Él del honor de bendecir a Israel y a todas las demás naciones. Ro. 8:17

(49) Estos escritores señalan la armonía de tal idea con lo escrito en la Ley y los Profetas, y la grandeza y amplitud del plan que ellos presentan, supera en todos sus puntos a la más exaltada concepción de lo que dicho plan pretende ser: "Buenas Nuevas de gran gozo que serán para todo el pueblo."

(50) La perspectiva de que el Mesías, además de Israel, regirá al mundo entero, se sugiere en los libros de Moisés y es el tema de todos los Profetas. En las enseñanzas de los Apóstoles la idea de ese reino encuentra un lugar prominente, y el mismo Jesús nos enseñó a orar diciendo: "Venga tu Reino"; Él también prometió una participación en ese reino a los que primero sufriesen a causa de la verdad probando así ser dignos de participarlo.

(51) Esta esperanza del glorioso reino venidero dio valor a todos los fieles para soportar, hasta la muerte, todas las persecuciones de que fueron objeto; para sufrir los reproches, las privaciones y toda clase de pérdidas. En la gran profecía alegórica que da fin el Nuevo Testamento, el "digno Cordero que fue inmolado" (Ap. 5:12) y los dignos vencedores a quienes hará reyes y sacerdotes en su reino, junto con las pruebas y los obstáculos a que ellos deben sobreponerse para ser dignos de alcanzarlo, se hallan fielmente descritos. También se introducen representaciones simbólicas de las bendiciones que al mundo traerá este reinado milenar, cuando Satanás hallará su fin; cuando la tristeza y la muerte adámica serán extinguidas, y cuando todas las naciones andarán a la luz del reino celestial simbolizado por la nueva Jerusalén.

(52) De principio a fin la Biblia sostiene la doctrina, no encontrada en ninguna otra parte y en oposición a las teorías de todas las religiones paganas, de que la vida futura para los que han dejado de existir vendrá por medio de una RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS. Todos los escritores inspirados expresan su confianza en un redentor; uno de ellos declara que "en la mañana" cuando Dios llame de la tumba a los malos, no han de ser éstos los que rijan la tierra puesto que "los rectos se enseñorearán de ellos por la mañana." (Sal. 49:14) La resurrección de los muertos es enseñada por los Profetas; sobre

ella los escritores del Nuevo Testamento basan todas sus esperanzas de bendiciones y de vida futura. Pablo se expresa como sigue: "Si no hay resurrección de muertos, tampoco ha sido resucitado Cristo, y si Cristo no ha sido resucitado, entonces nuestra predicación es vana y vuestra fe también es vana. . . entonces también los dormidos en Cristo han *perecido*. Empero, es el caso que Cristo ha sido resucitado de entre los muertos, siendo primicias de los que han dormido . . . porque de la manera que todos en Adán mueren, así también todos en Cristo serán vivificados." 1 Co. 15:13-22

(53) De la manera como un reloj cuyas ruedas, a primera vista, pueden parecer como superfluas pero que hasta las más lentas son indispensables, así es la Biblia, compuesta de muchas partes y preparada por muchas plumas forma un conjunto armonioso y completo. Ninguna de sus partes es superflua, y aun cuando algunas toman un lugar más activo y prominente que las otras, no obstante todas son útiles y esenciales. Hoy en día entre los llamados "grandes teólogos," y "pensadores avanzados" ha llegado a estar de moda ridiculizar o pasar inadvertidos muchos de los milagros del Antiguo Testamento, calificándolos de "cuentos de viejas" o de "fábulas." Entre los milagros se encuentran las historias de Jonás y el gran pez, Noé y el Arca, Eva y la serpiente, la parada del sol al mandato de Josué y el incidente del asno de Balaam que habló. Aparentemente, estos hombres sabios no se han enterado de que la Biblia está tan bien entretejida y tan bien unidas sus partes, que negar tales milagros o desacreditarlos equivale a destruir y desacreditar el todo. Si la relación original es falsa, los que la repitieron fueron impostores, y en cualquier caso sería imposible aceptar su testimonio como inspirado por Dios. Al eliminar de la Biblia los milagros mencionados, se invalidaría el testimonio de los principales escritores de ella, incluso el de nuestro Señor. La historia de la caída se afirma por Pablo (Ro. 5:17); éste también afirma el engaño de Eva por la serpiente. (2 Co. 11:3; 1 Ti. 2:14) Véase la referencia que nuestro Señor hace a esto en Ap, 12:9 y 20:2. La parada del sol durante la destrucción de los Amorreos, como demostración del poder divino, evidentemente

tipificaba el poder que se exhibirá en "el Día del Señor" por aquel a quien Josué tipificaba. Esto es corroborada por tres Profetas. (Is. 28:21; Hab. 2:1-3, 13, 14 y 3:2-11; Zac. 14:1, 6, 7) El relato con referencia al asno que habló se confirma por Judas (versículo 11) y por Pedro (2 Pe. 2:16). Jesús, el gran Maestro, confirma la narración de Jonás y el gran pez, lo mismo que la de Noé y el diluvio. (Mat. 12:40; 24:38, 39; Lu. 17:26; también 1 Pe. 3:20) Realmente, estos milagros no son mayores que los llevados a cabo por Jesús y sus Apóstoles, tales como convertir el agua en vino, sanar enfermedades, etc., y en cuanto a milagros, la resurrección de los muertos es el más maravilloso de todos.

(54) Estos milagros, aun cuando nunca presenciados por nosotros, encuentran paralelos alrededor nuestro hoy en día, pero siendo más comunes, los dejamos pasar inadvertidos. La reproducción del organismo viviente tanto animal como vegetal, se *encuentra más allá de nuestras facultades de entendimiento* y de poder, y por lo tanto es un milagro. Podemos ver el principio de la vida, pero no somos capaces de entenderlo ni producirlo. Plantamos dos semillas juntas; las condiciones, aire, agua y terreno, son las mismas; luego *nacen*, no podemos decir *cómo*, ni tampoco el más sabio filósofo puede explicar ese milagro. Estas semillas desarrollan organismos de tendencias opuestas; una de ellas produce una planta que se arrastra, la otra, una planta que crece hacia arriba y erecta, y a pesar de ser las condiciones iguales, difieren en forma, en color, flores y producto. Tales milagros vienen a ser comunes y tan pronto como dejamos el asombro de la infancia cesamos de considerarlos extraordinarios y aun llegamos hasta olvidarlos. Estos, no obstante, manifiestan un poder que excede al nuestro, y exceden nuestra inteligencia limitada lo mismo que los pocos milagros registrados en la Biblia llevados a cabo con fines especiales y como ilustraciones intencionales de la omnipotencia y de la habilidad del gran Creador para vencer cada obstáculo que impida el cumplimiento de su voluntad, aun en lo referente a la prometida resurrección de los muertos, al exterminio de mal y al resultante dominio perpetuo de la justicia.

(55) Daremos por terminada nuestra explicación. La razón se ha usado para probar cada tema. Hemos encontrado que existe un Dios, un Creador inteligente y supremo en quien, en perfecta armonía, se reúnen la sabiduría, el amor, la justicia y el poder. Encontramos de que es razonable esperar una revelación de sus planes hecha a sus criaturas capaces de apreciarlos e interesarse en ellos. Encontramos dignas de ser consideradas las pretensiones que hace la Biblia de ser esa revelación. Examinamos sus autores, los móviles que los impulsó enseñar y la razón nos ha hecho deducir que tal sabiduría combinada con tal pureza de motivos no fue el producto de hombres astutos con fines egoístas. La *razón* nos indica, como más probable, el que semejante rectitud y benevolencia de sentimientos y de leyes provengan de Dios y no de los hombres; e insiste en que estas no pueden haber sido impulsadas por mal intencionados sacerdotes. Hemos visto la armonía de los testimonios concernientes a Jesús, a su sacrificio expiatorio, a la resurrección, y a todas las bendiciones que traerá el glorioso reino venidero; la razón nos lleva a la conclusión de que un plan tan grandioso y tan amplio, excediendo a todo lo que podíamos esperar y levantado sobre tan razonables deducción, debe ser el esperado Plan de Dios. No puede ser puramente invención humana puesto que aun después de revelado puede decirse que es demasiado sublime para ser creído por los hombres.

(56) Cuando Colón descubrió la desembocadura del río Orinoco alguien dijo que había encontrado una isla. Él replicó: "No puede venir semejante río de una isla. Este torrente poderoso debe recoger las aguas de un continente." Así, la profundidad, la fuerza, la sabiduría y el alcance de los testimonios de la Biblia nos llevan a la convicción de que no fue el hombre, sino el Dios Todopoderoso, el autor de sus planes y de su revelación. Tan sólo a la ligera hemos examinado las evidencias presentadas por las Escrituras como comprobatorias de su origen divino; hemos hallado su testimonio conforme a la razón. Los estudios siguientes desarrollarán las

diferentes partes del Plan de Dios, y confiamos que toda persona sincera ha de encontrar en ellos amplias evidencias de que la Biblia es una revelación divinamente inspirada, y de que las grandiosas proporciones del Plan en ella descrito, gloriosamente reflejan el carácter divino hasta hoy tan confusamente discernido, mas ahora, fácil de distinguir gracias a los albores del Día Milenario.

Paz Y Buena Voluntad

En el silencio de una hermosa noche
Un ángel los pastores visitó;
De gran gozo, les dio la buena nueva:
"En Belén ha nacido el Salvador."

"¡Gloria a Dios, en las alturas!"
Cantó el coro celestial;
"Paz en la tierra; entre los hombres
Haya buena voluntad."

Han pasado los años, y en la tierra
El mal florece, no se encuentra paz;
Y parece que el hombre se complace
En demostrarse mala voluntad.

"¡Gloría a Dios, en las alturas!"
Aún es canto angelical;
Mas añaden: ¡Pobre tierra!
¡Cuánta mala voluntad!

En medio del dolor y de las lágrimas,
Buscando en su Palabra la razón,
Hallamos que los ángeles cantaban
De un futuro Día de bendición.

Ya asoman, de ese Día, los albores;
Allí, Aquel que el ángel anunció,
Revestido de gloria, y con poderes,
Cumplirá su misión de Salvador.

Entonces: "¡Gloria a Dios, en las alturas!"
En unión de ese coro celestial,
Los hombres cantarán, y complacidos
Se mostrarán su buena voluntad.

Esta edición en español El Plan Divino de las Edades es una traducción actualizada de la versión original en inglés de 1886.

This Spanish edition of the Divine Plan of the Ages is an update translation of the original 1886 English version.

by Northwest Indiana Bible Students, Hebron, Indiana, USA 2022